

LEYENDA INCOMPLETA



Era hija del primer hombre que llevó su pensamiento hasta el otro extremo de aquella distancia rectilínea. El buen hombre, al situarse en su idea—ya indecifrabable, como el enigma de un origen—, había trazado, paso a paso, la ruta de mil afares, moldeada en un barro fresco, impaciente de voluntades creadoras. Sus huellas se hicieron dogma de un camino mejor para todos, y la ruta unánime, a fuerza de reiteraciones, fué a dar en rutina, como una verdad más definitivamente aceptada por los hombres. Con los años, quedó incorporada a los itinerarios consabidos, como emanada de una doble tradición de ida y vuelta, no desmentida porque era el mismo espíritu de contradicción que animaba al mundo y merced al cual no llegaría el tiempo en que los caminos se vieran solos de trajinantes, que tanto fuera como dejar de ser caminos.

Así nació, no se sabe cuándo, la vieja calle del Mar: Como una afirmación geométrica pura, como una proposición topográfica incontrovertible, como la consagración de los infinitos pasos consuetudinarios iniciados el día mismo en que la idea, pegada al barro, cristalizó en aquel dogma del camino mejor. Entonces su vida era transeúnte, de aquí para allá, sin casarse con nadie, sonriendo a todo, camino corrido entre doble hilera de árboles entrañables. De aquel tiempo datan las risas mejores de tanta lozanía vertida en las ilusiones primeras de sus mañanas con sol. Alguien cantaba—ya no sabe quién— porque él cantaba también todo lo largo que era, con toda la luz de su corazón, rendido al sol. Y cuando era camino de vuelta—cantos de retorno—, así espantaba mejor los miedos errantes de la noche, que buscaron cobijo en la sombra desmedrada de algún zarzal, y al fin, vencido del sueño, dormía confiado a la luna madre que le alargaba la mano y, sin despertarle, se iba de puntillas a Dios sabe dónde, aunque él creyó siempre que tuvo que salir rodando a calmar las zozobras de otros caminos incipientes, porque en el mundo nunca faltaría alguna vereda con el sueño despierto y poblado de fantasmas. Luego, el amanecer jarameño de los días—envíos en blanco a la conciencia de la luz—acogidos siempre con algazara de pájaros en torno del monacillo, que reía y reía—tan, tan, tan—colgado de la alegría del esquilón. Y las voces marineras que, una mañana de aventura, le echaron al mar para convertirlo en camino de cristal, puro rumbo celeste, y le hicieron navegar todo el día asido al timón de la trainera siniestra que se metió mar adentro, en aquel mar que él conocía mejor que nadie porque estaba hecho a contemplar el cielo a todas horas. En un santiamén se quedó solo cuando el mar se tragó la trainera. Solo, con la noche sin cielo y la rosa de los vientos. Su angustia de naufrago enlazaba bien con el terror de los sueños y pesadillas que tanto enseñan a los niños.

Por eso, al tornar, quedó allí para siempre, fijo en su destino, cara al mar, y contemplando rumbos como perro que ha seguido en vano el vuelo de una gaviota y al fin la ve perderse en el horizonte. Las mil angustias de la soledad del mar se repitieron ya tantas veces como, en las noches lóbregas de invierno, olas agoreras convocaron frente a su bravura a las mujerucas aquellas que, apreniando el espanto de unos hijos rezagados, clamaban nombres de ausentes entre letanías y trisagios, en tanto que el monacillo hacía sonar las campanas—tan, tan, tan—colgado de su tristeza infinita...

Por fin, como carabela anclada en la nostalgia de los cuatro vientos, había arribado definitivamente a aquella naturaleza sedentaria, tocada de un hondo sentido municipal. Llegó a ser calle como se llega a perder la inocencia: un día cualquiera y para siempre. Ya nunca fué otra cosa ni dejaría de serlo hasta la consumación de los siglos y, aun luego, sería conciencia antigua de calle, algo así como la memoria vieja y perdurable de su total pasado ambidextro, una verdad entera, tan sólo integrada por las células muertas del recuerdo, porque la vida en curso, en trasiego incesante, siempre iba a parar a la memoria de la calle para hacerse vida vivida, existencia cabal e imperecedera.